

Homilía Mons. Aurelio Pesoa Ribera, OFM
Obispo del Vicariato Apostólico del Beni
Presidente de la Conferencia Episcopal Boliviana
Domingo 13 de abril 2025 (C)
Bendito el que viene... en nombre del Señor
Lc 22, 7.14 – 23-56.
Domingo de Ramos – Trinidad, Beni

1.- *"Mientras avanzaba, extendían sus mantos por el camino..."* Así narra el pasaje del evangelio de san Lucas recordando la entrada de Jesús en Jerusalén. La muchedumbre comenzó a alabar a Dios a gran voz, por todos los prodigios que habían visto hacer a Jesús, diciendo: *"Bendito el que viene, el rey, en el nombre del Señor..."*.

Pero que engañoso es el corazón humano, pocos días después ese "rey" será condenado a morir en una cruz sobre la cual estará escrito: *"Jesús Nazareno, Rey de los Judíos"*. En pocos días la multitud que lo aclamaba y que había sido beneficiada con los milagros de Jesús, gritará la tremenda sentencia *"¡Crucifícalo!"*. Grito repetido con fuerza, grito que no admite réplica, ni siquiera cuando el gobernador Pilato dice no encontrar en Él ningún motivo de condena.

Un grito que no se acalló ni siquiera cuando, después de haber castigado a Jesús lo presentó a la multitud con la esperanza de liberarlo; aquella multitud de hombres y mujeres, ya metidos en la espiral de la violencia volvió a gritar: *"¡Crucifícalo!"*.

En nuestros días, una vez más escuchamos el grito de *¡Crucifícalo!* cuando a pesar de las leyes vemos a la mujer que es maltratada, ultrajada y asesinada. Niños desprotegidos y niños a quienes se les destruye y se les roba la vida. Ahí está una vez más el Hijo de Dios que carga la cruz y sube al calvario para morir por nosotros.

2.- El ser humano tiene muy dentro una tendencia al pecado. Entendamos, el pecado no es simplemente la transgresión a la norma o ley de Dios, sino más grave todavía, es la tendencia a una vida sin Dios, independiente de Dios, una vida de acuerdo a los propios criterios y planes, una vida de acuerdo a los propios pensamientos y gustos. El pecado es negar nuestro ser criaturas de Dios. Negar que sólo en la casa del Padre, en las cosas del Padre, obedeciendo al Padre estaremos bien.

Seguimos condenando a la muerte en cruz al Hijo de Dios cuando con nuestras actitudes y comportamientos no testimoniamos lo que creemos y esperamos.

En nuestros días sigue resonado la sentencia del ¡Crucifícalo! cuando: se dicen las verdades a medias; cuando se descalifica al otro porque no piensa como yo; cuando se aprovecha del bien común en beneficio propio; cuando vemos que la justicia no es bien administrada, ciega para unos, pero tuerta para otros. Cuando como fruto de la irresponsabilidad se defiende la incultura de la muerte por intereses mezquinos.

El domingo pasado, reflexionando el pasaje del Evangelio de la pecadora llevada ante Jesús, escuchábamos de Él las palabras consoladoras del: *"Tampoco yo te condeno; vete y en adelante no peques más"*. Eran palabras de perdón y de reconciliación. Pero ese perdón tenía un precio: la muerte del inocente Hijo de Dios.

3.- La muerte del Hijo de Dios no significa que Dios apruebe nuestra conducta, ni que nuestras culpas pierdan gravedad. El que seamos perdonados significa que, el amor de Dios es más grande que nuestro pecado; significa que, en vista del arrepentimiento, Él no tiene en cuenta la culpa; significa que, el Padre es un Dios paciente en la espera; significa que entre nosotros pecadores y Dios hay una Cruz en la que muere el Hijo pidiendo perdón por todo hombre pecador.

Nuestra respuesta al amor del Padre, al amor redentor de Cristo debe ser el esfuerzo por vivir en obediencia a la ley de Dios y a ejemplo de su Hijo Jesús. Nuestra respuesta al amor que perdona debe ser una vida animada por el amor al prójimo; una existencia que se esfuerza en amar, perdonar y socorrer. Nuestra respuesta está en una existencia que, escuchando el trágico silencio de Cristo muerto en la cruz, se compromete a no crucificar a nadie más, en un mundo que todavía está marcado por miles y miles de cruces.

En el relato según San Lucas, de la Pasión aparecen muchos más personajes que en otros evangelios, y todos se retratan tomando diferentes posturas ante el inocente cuya bondad desenmascara toda hipocresía. Ellos pueden servirnos de referencia para nuestra meditación en la Semana Santa. En nuestra relación con Jesús y en la vivencia del vía crucis de este mundo, ante la multitud de víctimas inocentes en esta tierra, sabiendo que la persona de Jesús con su palabra, su mirada o su presencia siempre nos interpela, podríamos preguntarnos a qué personaje o personajes de la Pasión nos parecemos más.

Hermanos vivamos esta Semana Santa, que hoy comienza, con intensidad y que sea un tiempo para meditar, reflexionar, pensar sobre nuestra fe, sobre nuestro testimonio y compromiso cristiano, les invito a vivirla con espíritu de recogimiento y devoción. Y a aquellos que no creen guardando respeto a la fe de los otros. Así sea